

Capítulo IV

Un Mundo Quedó Atrás...

Mi padre supervisó la construcción de la embarcación fluvial, hecha de madera balsa, que es muy abundante en la selva. Los troncos son livianos y perfectamente cilíndricos, eran atados con sogas naturales muy fuertes y no se usaron clavos u otros productos manufacturados. La balsa, como llaman a este tipo de embarcación, que sólo se puede usar río abajo era grande y tenía tres remos: dos en el frente y uno atrás, y se usarían más para maniobrarla que para impulsarla. Un cobertizo semejante a un bungalow hecha con hojas secas de palma ocupaba casi toda la plataforma. Esta tenía pequeñas divisiones como: dormitorio, cocina y un espacio para tres soldados guías, quienes se encargarían de tripular río abajo.

Una vez más, a mi temprana edad, sufrí la angustia de separación. Habíamos vivido tanto tiempo en Cahuide, que todo allí, incluso sus peligros, eran parte de nuestra existencia. Todo lo que llevábamos eran: pieles de animales, nuestros recuerdos, y un perro

chusco con manchas negras y blancas, cuyo nombre era Etico. Creo, que en el corazón de muchas personas hay siempre recuerdos de un perro; y como su existencia es tan corta, tenemos imágenes de la separación con estos animales tan leales. *Bueno, los míos estaban llegando.*

Todas las pieles y los rifles fueron empacados. Nuestras pertenencias personales cabían en una sola maleta. Casi no teníamos ropa, y mi calzado consistía en unas chancletas de madera y cuero. Lo único importante que llevaba era mi perro. Etico era movedido y juguetón, y probablemente, tenía todos los parásitos de la selva, pero era un animal feliz, y yo estaba muy contento de traerlo conmigo.

En un amanecer ya muy olvidado, bajamos al muelle del pequeño río Yaupi, lugar donde pasé la mitad de mi niñez en sus aguas tan acogedoras. Todos los soldados y la gente de las tribus, vinieron a despedirnos. Con gran congoja, subimos a esta casa flotante que se deslizaría silenciosamente por los ríos de nuestra imaginación. Fuimos bajando el Yaupi, río limpio y tranquilo, pero mi corazón estaba deshecho en profunda tristeza. ¿Cómo describir el momento en que uno abandona para siempre el lugar donde ha vivido por tanto tiempo sabiendo que nunca se va a regresar? La alta torre, con la estatua del Inca Cahuide y su macana en la mano, fue haciéndose mas pequeña conforme la balsa se alejaba arrastrada por la corriente. *Mis pensamientos tristes cambiaron por la excitación del novedoso viaje, quizás al igual que Las aventuras de Huckleberry Finn en el río Mississippi.* Dentro del alma, todos sabíamos que habían peligros más adelante y cualquier catástrofe podía pasar. Pero, no nos imaginábamos que bajando el río y al llegar a las turbulentas aguas del Pongo de Manseriche, esta balsa sería tan frágil como una caja de fósforos.

Después de días de viaje, llegamos a la plantación Rabarosa, en plena selva, en cuya casa grande, pasamos dos días muy agradables. Mi padre tuvo que ocuparse de los restos de un soldado, que había sido asesinado por unos tribeños, en un puesto cercano. Los Rabarosa, habían enterrado el cuerpo junto con todo su equipo militar. Mi padre era responsable de su armamento que era pertenencia del Estado, entonces hubo que desenterrar el cadáver, retirar todos sus implementos militares y hacerse cargo de ellos.

Nuestro destino final era Iquitos, pero teníamos que parar en todos los lugares que en nuestro viaje anterior de ida en canoa nos habíamos detenido tal como Pinglo y Borja. Esta vez, teníamos que navegar a través del mas aterrador de los pasajes, el Pongo de Manseriche, ubicado entre estas dos ciudades, para evitar un viaje arduo y prolongado por trocha en las altas montañas. Este desfiladero natural fue descrito hace más de cien años, por el muy conocido explorador alemán, Barón Alexander von Humboldt. El escribió y yo traduzco:

En el célebre estrecho, llamado Pongo de Manseriche, entre Santiago y San Borja, existe un montañoso abismo donde, en algunos lugares se ve poca luz del día, porque hay una mezcla de altos acantilados, rocas y árboles colgantes que forman una especie de techo. En sus rápidos, los grandes troncos de árboles que arrastra el río son pulverizados y desaparecen.

Este pasaje, también fue descrito por Mario Vargas Llosa en su novela *La Casa Verde*.

El señor Rabarosa conversaba acerca de los accidente y muertes de personas que se habían arriesgado a seguir el curso de esas peligrosas aguas. Los hombres viejos de las tribus dicen que ese estrecho es el santuario de una enorme serpiente que es la madre

del ayahuasca (una potente bebida alucinógena). Decían tantas historias y anécdotas personales acerca de este cañón de la muerte, que nuestro temor iba aumentando. Pero la única manera de evitar el célebre Pongo, era hacer una caminata a través de la selva montañosa por varios días, y afrontar los peligros que amenazaban en sus tortuosos senderos, llamados trochas. Como mi padre tenía que transportar gran cantidad de carga de pieles, el viaje por tierra resultaba imposible.

Estábamos tan asustados por las historias que habíamos escuchado, y pensativos por la muerte del soldado, que sentíamos una sensación terrible de que nuestras vidas pendían de un hilo y nuestra ansiedad iba aumentando conforme la noche se acercaba. Al día siguiente, temprano en la mañana, estábamos listos para atravesar el Pongo. Se nos advirtió que nos aseguráramos, amarrándonos a los palos de la balsa durante el cruce, para no ser lanzados fuera de la balsa y caer en las turbulentas aguas. También otro veterano en cruces del Pongo, dijo que debíamos permanecer completamente callados para no despertar a la gigantesca serpiente madre de este infernal líquido. El señor Rabarosa puso a disposición nuestra a un aguaruna, que conocía muy bien las aguas del estrecho y nos serviría de guía. Se decidió que yo debería dejarle mi perro "Ético" al señor Rabarosa, como agradecimiento de su hospitalidad. La noticia fue tan dura para mí, que mi corazón se desgarraba en pedazos, tal como, cuando las tormentosas aguas del profundo y rápido río desgarran la tierra y arrancan los árboles de las orillas. Mis lágrimas no pudieron revelar el sufrimiento y la angustia ante la pérdida de mi compañero y la posibilidad de morir. *Era más de lo que un niño podía resistir.* Aún ahora, mi alma se estremece, recordando aquel día. *Así se siente uno cuando quiere a un animal, y estoy seguro que*

muchos de los que se preocupan y aman a los animales, simpatizarán con estos recuerdos.

Cuando nos embarcamos sin el perro, “Etico” aullaba y corría a lo largo de la orilla. Creo que ya sabía que lo estábamos dejando. mientras la balsa partía deslizándose lentamente río abajo, la gente nos deseaba —cínicamente— buena suerte; yo aún sentía y escuchaba sus ladridos que a lo lejos se oían como aullidos, y a la distancia podía ver sus desteñidas manchas negras; hasta que su raquítico cuerpo desaparecía. *En ese momento, el Pongo podía haberme tragado y no me hubiera importado. ¡Pobre perro! ¡él también estaba destrozado por dentro!* Han pasado tantos años y “aún todavía” lo recuerdo. *Momentos como éstos son los que moldean nuestro espíritu, y el mío estaba todo el tiempo golpeado por el martillo de las vicisitudes de la vida.*

Bien, las fuerzas de la naturaleza pueden regresarnos a nuestra realidad. No mucho después, empezamos a ver más piedras y rocas en el agua, y el río se volvía mas rápido y bullicioso. A la distancia, en las arenosas orillas, podíamos ver caimanes, perezosamente moviéndose alrededor. Todo a bordo, estaba amarrado y asegurado, y se hicieron preparativos, previendo que la balsa pudiera romperse. *Todos nos preguntábamos calladamente y en nuestros pensamientos si quedaríamos con vida después de este viaje. Sólo Dios y el río tendrían la respuesta.*

Cuando los soldados y el guía estaban maniobrando la balsa para no chocar con una peña, el remo de uno de ellos se rompió, cayendo éste a las profundidades de estas aguas turbias. Pensamos que se había ahogado porque pasó mucho rato para que reflatara, pero de pronto apareció, respirando apenas y sosteniendo en sus manos la mitad del largo remo roto. Sus compañeros lo sacaron del

agua rápidamente. Este soldado tuvo suerte porque el remo no se rompió en el medio del Pongo, sino cerca de su entrada, donde el río no era traicionero. Después de este inesperado incidente tan cerca de la entrada de este pulverizador de árboles: el Pongo, nos detuvimos en medio del río donde había un trecho de arena suave.

Permanecimos toda la noche en ese lugar. Estábamos temerosos y con miedo de continuar. El soldado que cayó al agua temblaba más de miedo que de frío. Mi madre cocinaba tacacho (un guiso de yinguire y carne de sajino, el cerdo de la selva), mientras nosotros fuimos a buscar huevos de taricaya en esta pequeña playa. Cuando llegó la silenciosa noche, podíamos oír a la distancia, cómo el río golpeaba contra los bordes del estrecho Pongo (que tiene cerca de cinco millas de largo y en algunos lugares sólo ochenta y cinco pies de ancho). Nuestra imaginación era tan turbulenta como las aguas. Creo que no dormimos ni un instante esa noche.

Después de una noche llena de pesadillas, llegó la bulliciosa mañana, y yo sólo podía pensar en Etico. Pero el momento de la verdad había llegado y todos empujábamos la balsa mientras la abordábamos. Lentamente, la embarcación iba ganando velocidad, mientras el río nos arrastraba a nuestro destino, quizás fatal. Podíamos ver, cómo la selva baja se elevaba hacia los cielos, mezclándose con las nubes oscuras y las montañas rocosas, como si se tratara del fin del mundo. Las aguas eran más rápidas y ruidosas, y sólo podíamos oír el estruendo del torrente. No más pájaros o monos, sino una gran avalancha de furia fluvial. Rápidamente, fuimos atraídos hacia ese oscuro y terrible cauce, bordeado por enormes y graníticos acantilados, con largas caídas de agua cristalina y un musgo verde en toda su extensión. Nosotros mirábamos hacia arriba, y a los costados, donde ambas vistas eran imponentes, pero mirar el río de-

moledor, —en sí mismo— era aterrador. Los hombres se batían contra los rápidos, las rocas y los remolinos, durante todo el cruce por este estrecho pasaje. Nadie podía hablar, porque eso era tabú. Seguíamos la leyenda y las instrucciones de los nativos, porque ellos sabían los secretos de la naturaleza. La balsa era lanzada hacia todo lado, mientras se sacudía, como si fuera a romperse. A ratos daba vueltas y vueltas y veíamos mareadamente —el mismo lugar, una y otra vez— mientras la balsa seguía los caprichos de un remolino grande. Los hombres empujaban sus largos remos contra las rocas y los acantilados, mientras transpiraban y se empapaban con la espuma del agua fangosa, y nuestros oídos eran ensordecidos por el ruido del torrente. *¡Todo terminó como un relámpago! Fue como un sueño que duró una eternidad.* Pero después los rayos del sol comenzaron a aparecer entre amenazadoras y rápidas nubes grises que se desvanecían en el cielo azul. Al fin, los soldados y el aguaruna se tranquilizaron y levantaron sus remos en el aire. Ahora, el agua oscura tenía remolinos lentos, poco profundos, y eran tan silenciosos como la brisa. La selva alta comenzó a descender hacia el monte bajo; el cielo dejó de ser parte de la verde floresta y de este infernal Pongo.

Mientras nuestras afligidas imaginaciones trataban de buscar y localizar la guarida de “La gigantesca serpiente, madre del Ayahuasca”, todos nos mirábamos unos a otros, todavía atemorizados de hablar. Mi madre tenía lágrimas en su rostro y aún estaba arrodillada y rezando. *¡Habíamos cruzado el increíble Pongo de Manseriche! ¡y por eso, yo siempre seré un hombre! Nada en adelante sería insuperable. Habiendo sido bautizado por la cruda naturaleza, pienso que podría ser un fénix, y que podría seguir mi destino en esta vida, tan llena de “pongos emocionales”. Pero —entonces— en la calma del*

río, mi corazón seguía adolorido por mi perro. Y a través de mi vida, la tristeza y la melancolía son algo que yo nunca podré vencer, y por siempre serán mi cruz.

Llegamos a Borja y otras ciudades, cuyas gentes de la selva nunca habían estado río arriba, y tenían curiosidad por saber, cómo nos había ido en esta travesía. Éramos como héroes locales. En cualquier lugar donde estuviéramos, los relatos sobre el cruce del Pongo, nos proveían de una buena comida y un sitio seguro para dormir. Ahora, la balsa era la reina de esas aguas y el viaje de bajada por el río, era poesía de la naturaleza para mi corazón. Esas selvas remotas, mas allá de las orillas del río, donde sólo mi alma desolada podría ir. *!Oh! verde esperanza de esos océanos de árboles, que siempre estarán conmigo en mis días de soledad, y en los que siempre encontraré refugio en mis momentos de adversidad, pensando en esos tiempos idos, y de los que siempre ganaré fuerzas, regocijándome en esos lejanos recuerdos.*

Pasamos muchos pueblos y puertos ribereños, y cada vez nos acercábamos más a la civilización. Me sentía extraño; yo era ahora más selvático que las personas que vivían cerca a Iquitos y no estaba ansioso de reintegrarme a ese mundo.

Seguimos el río Santiago hasta el Marañón, y después de meses de viajar en aquella balsa, entramos en el Amazonas, a la altura de Nauta. Después de algunas semanas más y llevados por el lento río, pudimos ver a la distancia la gran ciudad de Iquitos, con sus edificios blanquecinos, decorados con losetas azules. *Un nuevo mundo nos esperaba y siempre extrañaríamos Cahuide, Pinglo, Borja y Barranca. Esos días jamás volverían. ¡Adiós, selva inmensa!*

Arribamos y amarramos nuestra vieja y desgastada balsa en uno de los muchos atracaderos de Iquitos, al lado de otras peque-

ñas y también grandes embarcaciones fluviales. Llegar a esta ciudad, era quizás, como arribar a New York en una carreta de bueyes. Mi padre se puso su uniforme y nosotros esperamos en la balsa, mientras fue a comprarnos ropa y zapatos. Pienso que lo hizo sólo porque se sintió avergonzado de que lo acompañáramos. Literalmente, llevábamos encima nuestras únicas ropas, ya muy acabadas. A pesar, de que la ciudad es grande, era aún pequeña tratándose de la familia de un oficial. Aunque nos veíamos pobres, mi padre había acumulado un salario de varios años —que debido al aislamiento, nunca los cobró o los gastó— y un gran número de exóticas y costosas pieles que se vendieron rápidamente. Tendríamos entonces, que adaptarnos a un nuevo y distinto modo de vida, en una ciudad donde éramos desconocidos. Debíamos encontrar un departamento y éstos eran reducidos, oscuros y caros. Aunque la ciudad de Iquitos estaba en la amazonia, era una metrópoli, si la comparábamos con el lugar de donde veníamos.

Se presentó el problema de la escuela, porque mi tío y yo no habíamos estudiado cerca de cinco años. En Cahuide, mi padre estudiaba para un examen con el objeto de ascender de grado. Él era autodidacto y muy adepto a la lectura. Tenía sus propios libros, mayormente de matemáticas y de asuntos militares, además, quería ser un oficial de artillería, y las matemáticas representaban la materia más importante, porque se suponía que los artilleros tenían que calcular cómo los proyectiles de sus cañones podrían alcanzar a su objetivo. Temprano en las calurosas y húmedas mañanas en la selva de Cahuide, estudiábamos álgebra y geometría con él, porque no había allí ni escuela ni otros libros. En Iquitos, mi padre movió influencias para que los dos rindiéramos exámenes y se nos ubicaran en los grados correspondientes: sexto para mi tío y quinto para mí.

Llegó el día del examen. Yo tenía ropa y zapatos nuevos y me había cortado el cabello. Los profesores miraron a Cóndor. Ellos no podían entender, por qué siendo oriundo de los Andes, él se veía más selvático que los otros chicos del lugar. En el Perú, cada región —costa, sierra y montaña— es tan diferente la una de la otra, que cada una, bien podría ser otro país u otro continente.

El examen era oral y la primera pregunta fue sobre el ciclo y vida de las abejas. ¡Pobre Cóndor!, recordaba cuando sus pequeños amigos de las tribus indígenas acostumbraban a recoger huevos de avispas, empujándolos fuera de sus geométricos nidos, y se los comían como si fueran golosinas. Eso era todo lo que sabía sobre abejas o avispas. ¡No hubo respuesta! Sólo una mirada vacía a la pizarra. La pregunta siguiente fue sobre las batallas de el Libertador Simón Bolívar. ¿Quién era? Cóndor nunca había oído de él. Siguió las miradas fijas de los profesores y sus cabezas moviéndose de derecha a izquierda y de izquierda a derecha. En seguida, harían las preguntas más terribles y eso sería “el tiro de gracia”. Comenzaron con suma y multiplicación y luego, siguieron con geometría y álgebra. Mi tío y yo respondimos fácilmente todas ellas y eso fue suficiente para que fuéramos admitidos en nuestros grados, como si hubiéramos estado asistiendo a clases todos esos años. Sin embargo, nosotros estábamos en desventaja, porque habíamos perdido mucho tiempo de estudios, pero finalmente los recuperamos en Iquitos.

Los meses y los años pasaron con problemas domésticos. Mi padre tenía que rendir sus exámenes en Lima y tuvo que viajar solo. Nos quedamos en Iquitos, defendiéndonos por nosotros mismos. Él se llevó todo el dinero que había ahorrado y además el que había obtenido por la venta de las pieles. Pienso que una vez que llegó a la

capital, las angustias y privaciones sufridas en la selva le hicieron comprender lo que significaba vivir en la opulencia. Despilfarró todo el dinero y se olvidó por completo de nosotros. Estuvimos recibiendo escasamente lo necesario para sobrevivir. Yo, incluso, iba a recoger botellas que estaban en el lodo, debajo de las casas y luego de lavarlas, las vendía. En aquellos días las botellas de cualquier clase eran una mercancía valiosa en la amazonia, mi tío vendía alcohol perfumado a la gente que vivía en las canoas de la ciudad flotante de Belén. Nuestros amigos, que eran de dudosa conducta, nos enseñaron cómo robar y recuerdo lo fácil que era tomar una pieza de mercadería, esconderla en la camisa y alejarse caminando. Nos veían tan inocentes, que la gente no sospechaba de nosotros. ¡Cómo extrañábamos aquellos días en la selva virgen! La gente de la ciudad era diferente de los que vivían en guarniciones y en el monte. *Las tribus, en la selva profunda, no estaban contaminadas por la civilización.*

Finalmente recibimos y ahorramos algún dinero para viajar a Lima y unirnos con mi padre. En esos tiempos no habían carreteras o viajes baratos por avión. Mi madre optó por la lancha más barata, para viajar del Amazonas al río Ucayali y llegar hasta Pucallpa. Esta embarcación, llamada “San Ramón”, era tan clásica, y casi igual, al famoso bote de la película “Fitzcarraldo”. Sus motores a vapor estaban gastados y sus acomodaciones eran muy primitivas; el baño era un hueco ubicado en la popa, del cual los desechos caían directamente a la corriente del río. Como era usual, tenía dos cubiertas superiores: para primera y segunda clase, una tercera, abajo donde iba la carga. Nosotros teníamos un camarote con cuatro literas, pero compartíamos esa pequeña y calurosa cabina con otras personas.

Ese viaje fue memorable y de por sí una aventura. Los pasajeros conseguían nuevos amigos y también enemigos, se enamoraban y morían en el barco. Era como una telenovela. Llegamos a conocernos como si fuéramos una familia y todos sufríamos los mismos problemas: hambre permanente, enfermedades, mosquitos, aburrimiento y temor de que algo trágico ocurriera en este río.

En Iquitos nos embarcamos con nuestras escasas pertenencias y dos pájaros: un tucán y una lora llamada "Aurora". Después de esperar varios días para que la lancha se llenara de pasajeros, el "San Ramón" finalmente abandonó el azulado y bello puerto de Iquitos. Sus ruidosos motores lo enrumbaron contra las poderosas corrientes del Amazonas, lanzando humo negro y haciendo silbar su vieja y oxidada sirena. En la conmoción causada por las personas apuradas por colocar sus hamacas, pude ver que un mundo quedaba detrás mío y las incertidumbres aparecían en el horizonte. La ciudad desapareció rápidamente y comenzamos la rutina de encontrar nuestras ubicaciones, en un barco con muy pocos recursos.

Después de algunos días, siempre navegando río arriba, llegamos al puerto de Nauta, donde al Marañón se junta el Ucayali, para formar el Amazonas. A partir de Nauta, navegaríamos por el Ucayali. En nuestra ruta fluvial, paramos en Requena, Orellana y Contamana, que eran ciudades medianas; y otros innumerables pequeños puertos, ubicados en las orillas del río. Nuestro puerto final de llegada, sería la ebullente ciudad portuaria de Pucallpa, pero el viaje a este destino, pareció durar una eternidad. El barco era tan viejo que debíamos parar continuamente. Algunas veces, la centenaria máquina a vapor se malograba y teníamos que esperar por días o semanas, hasta que llegaran los repuestos o el mecánico.

El "San Ramón" debía ocupar casi la mitad de su capacidad para transportar leña que le servía de combustible. A veces, la pre-

sión de las viejas calderas bajaba y el barco no podía surcar contra la corriente. Para no asustarnos, la tripulación gritaba ¡Presión! ¡presión! y ya sabíamos que teníamos que estar anclados en pleno río, o peor aún, ser arrastrados y llevados río abajo.

Recogíamos y desembarcábamos pasajeros en casi todos los puertos a los que arribábamos. Cada embarque y desembarque, eran en sí, una hazaña. Todos los habitantes de las pequeñas villas, llegaban para ver la lancha, que para ellos, era una lazo con la civilización.

Creo que nos tomó más o menos un mes para llegar a Pucallpa. Con el tiempo siento ahora que este viaje fue una eternidad. ¡De nuevo teníamos que decir adiós!, esta vez a los amigos y enemigos que conseguimos durante ese viaje. El propio barco, llegó a ser parte de nuestras vidas. Nos sentíamos seguros en esa incómoda y vieja lancha, y llegamos a conocer, sus más escondidos rincones. En Pucallpa, desembarcamos del “San Ramón”, al cual dejamos expeliendo “negros humos” por su chimenea, como si estuviera lanzando su último suspiro.

La única forma de viajar de Pucallpa a Lima en esos días, era por avión que era costoso. Se estaba empezando a construir carreteras, pero el viaje era riesgoso y muy lento. No teníamos dinero, entonces, mi madre vendió sus joyas y otras cosas. Finalmente, juntamos lo necesario para pagar el pasaje aéreo. Esta vez, el avión era un Douglas DC-3. Nos hicieron abordar rápidamente, porque el avión ya estaba moviendo sus hélices, y el ruido y el polvo, eran espantosos. Nos sentamos muy apresurados y tímidos. La gente que aquí viajaba era más sofisticada y adinerada. Nos sentíamos fuera de lugar e incómodos en este nuevo modo de viajar. Yo tenía mi tucán. No recuerdo cómo se llamaba, pero sí que era un pájaro

muy vistoso: tenía un pico grande y fuerte, su cara de colores rojo y azul y unos ojos inocentes.

El DC-3 despegó de la pista de aterrizaje no pavimentada y una vez arriba podíamos ver por las ventanillas la selva debajo de nosotros. Parecía una alfombra verde, enmarcada por ríos serpenteantes y agua por todas partes. Cruzamos los altos Andes con sus eternas e inhóspitas cordilleras nevadas. El avión brindaba oxígeno sólo a través de unos tubos, que nosotros manteníamos en nuestras narices todo el tiempo. Yo compartía alternadamente ese equipo con mi tucán que se veía extraño y gracioso. Abría su gran pico como si para él, el aire fuera agua; en realidad lo que hacía era tragarse el frío aire oxigenado, tan necesario en esas alturas, cuando se viaja en un avión con cabina no presurizada. A pesar de ser un animal, necesitaba ese elemento vital tanto como yo. ¡Pobre pequeño amigo! Éramos compañeros y él me daba confianza. ¡Quizás era más barato que un osito de felpa que tuviera un niño rico!

En el viaje por avión no pasó nada especial. Lo único que hicimos fue admirar la majestad de la selva y de los Andes. Ambos se veían desde el aire, tan implacables e impenetrables, que casi nos hacían temblar con sólo mirarlos. Después de pocas horas de haber visto de arriba un paisaje desértico, llegamos a Lima; la ciudad con calles tristes y sin ningún verdor: era húmeda, fría y nublada; muy extraña para nosotros y nada acogedora. En esos días, los pasajeros que llegaban de la selva eran pocos y sus relatos eran increíbles. *Sólo algunos se aventuraban a viajar a Iquitos, pero llegar y vivir en Cahuide, jeso, era otro mundo que nadie podría imaginárselo!*